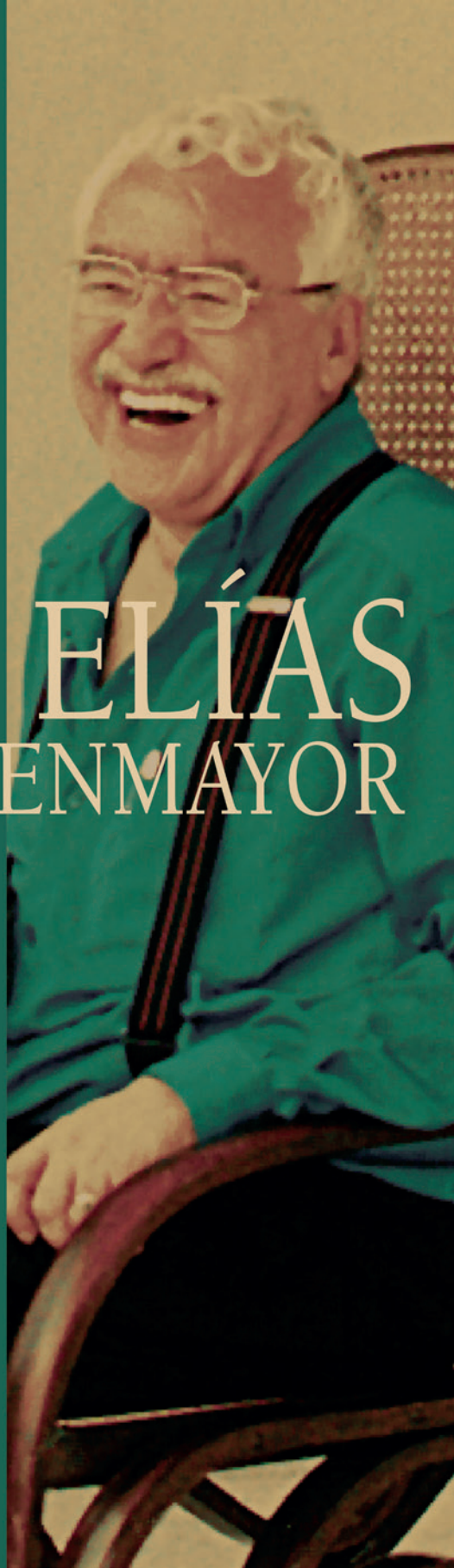


ORLANDO ARAÚJO FONTALVO
CARMEN ELISA ESCOBAR MARÍA
(Directores)

CAMPO ELÍAS ROMERO FUENMAYOR

Textos escogidos (1976-2001)

 UNIVERSIDAD
DEL NORTE | EDITORIAL



DIRECTORES

ORLANDO ARAÚJO FONTALVO

Doctor en Literatura, Universidad de Antioquia (Colombia). Magíster en Literatura Hispanoamericana, Seminario Andrés Bello, Instituto Caro y Cuervo (Colombia). Profesor Asociado de la División de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad del Norte (Colombia). Ha realizado pasantías de investigación en Madrid, Salamanca, Sevilla, Buenos Aires y Berlín. Ponente en congresos nacionales e internacionales de literatura. Ha publicado, con la Editorial Universidad del Norte, los libros *Gabriel García Márquez: el Caribe y los espejismos de la modernidad* (2010), *Nostalgia y mito* (2012), *Eros a contraluz* (2014), *El legado de Macondo* (2015), *El tejido de la brisa* (2017, en coautoría) y *El diablo de Guanabara* (cuentos, 2018).

CARMEN ELISA ESCOBAR MARÍA

Miembro fundadora del Círculo Psicoanalítico del Caribe desde 1991, psicoanalista, psicóloga, psicóloga clínica, especialista en filosofía contemporánea, Doctora en filosofía por la UNED (Madrid), profesora de planta del Departamento de Humanidades y Filosofía de la Universidad del Norte. Su trabajo se ha centrado en la indagación de problemas en la frontera entre filosofía y psicoanálisis, entre ellos, la risa, la repetición, el deseo, el amor, el goce, la resistencia. Es investigadora de Studia, Grupo de investigación del Departamento de Humanidades y Filosofía de la Universidad del Norte, en la línea de investigación "Estudios contemporáneos y culturales".

CAMPO ELÍAS
ROMERO FUENMAYOR

Textos escogidos (1976-2001)

CAMPO ELÍAS

ROMERO FUENMAYOR

Textos escogidos (1976-2001)

Carmen Elisa Escobar María
Orlando Araújo Fontalvo

(Directores)

Campo Elías Romero Fuenmayor: textos escogidos (1976-2001) / Carmen Elisa Escobar María, Orlando Araújo Fontalvo (directores). – Barranquilla, Colombia : Editorial Universidad del Norte, 2021.

398 páginas : fotografías blanco y negro ; 24 cm.

ISBN 978-958-789-250-5 (impreso)

ISBN 978-958-789-251-2 (PDF)

1. Romero Fuenmayor, Campo Elías, 1944-2001. 2. Ensayos colombianos. 3. Periodismo – Barranquilla (Colombia) 4. Cultura – Caribe (Región, Colombia). 5. Música – Historia y crítica. I. Escobar María, Carmen Elisa, directora. II. Araujo Fontalvo, Orlando, director. III. Tit.

(Co864.44 C198 ed. 23) (CO-BrUNB)



Vigilada Mineducación

www.uninorte.edu.co

Km 5, vía a Puerto Colombia, A.A. 1569

Área metropolitana de Barranquilla (Colombia)

© Editorial Universidad del Norte, 2021

Carmen Elisa Escobar María y Orlando Araújo Fontalvo (Directores)

Coordinación editorial

Zoila Sotomayor y Farides Lugo

Asesores

Julio Penenrey Navarro

Ramón Illán Bacca†

Asistente de investigación

José David Villalobos

Diseño de portada

Joaquín Camargo

Corrección de textos

María Clara Escobar

Diseño y diagramación

Munir Kharfan de los Reyes

Impreso y hecho en Colombia

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A. S. (Bogotá)

Printed and made in Colombia

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio reprográfico, fónico o informático, así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos constituye un delito contra la propiedad intelectual.

Contenido

Presentación

Las páginas esenciales de Campo Elías Romero Fuenmayor . . . xiii

I La Próxima (1976-1991)

1976

Matar un ruiseñor	3
Miranda es Venezuela (1).	5
Miranda es Venezuela (2).	9
Polifonía coral y balompié	12
(Sin título)	14
La FIB: La rosa de los vientos de Colombia	16
Blanca Uribe: Versatilidad de maga	19
La más inusitada lavativa.	21
Todo el sabor costeño en Bogotá.	23
“El concierto del mes”: otra sorpresa	25

1977

Rimas, ritmos y arritmias colombianas	27
El cuento del gallo capón (A Milcíades Osorio, M.D.)	29
La Pasión y la muerte a lo vivo	32
Tomás Surí Salcedo en la Alianza Colombo-Francesa	34
¿Por qué una mujer no puede ser como los hombres?	36
La creativa Lamboglia sí tiene ojos	39
El discreto encanto de la cocaína.	41
Otro barranquillero triunfa en el exterior. Luis Biava-conductor	44

De Arenas Betancur: una retrospectiva excepcional	46
La Coral Orfeo a Europa: Buen viaje y muchos triunfos	49
Farnofelia, ¡tu nombre es mujer!	51
¡Brille para el Marxismo la luz eterna!	53
La nueva izquierda francesa	56
Marxismo: ¿opio del pueblo?	58
“Los Nuevos Filósofos”, ¿de izquierda o de derecha?	60
Iván Quintero o la glorificación de la textura	62
"Zoro", un hito en la literatura colombiana	64
Siete bellezas (Primera parte)	66
Fascismo: ¡tu nombre es mujer!	69
Ciénaga y su indeleble huella histórica	72
Rubén Darío, redivivo	74

1978

La Próxima en cine: “¡La mejor película del año...!”	77
La mejor película del año (II parte)	80
Kunta Kinte	83
¡Dios nos libre de cáncer tan patético!.	85
La india Catalina, ¡púdica y recatada!.	87
¡Ciénaga nos deja atrás!.	89
Sorpresas del “Samupa”	91
“La historia de un deicidio”	93
“Puro Pueblo”, una erupción de luz.	95
¡Alfonso López está en nada!.	97
Pedro Biava: “in memoriam”.	99
En la Copa Mundo	101
Colombia en la vanguardia plástica	104
El derecho de morir	107
Oscar Wilde, ¿pariente de Dante?	110
Ni tan oscuro, “El Objeto del Deseo”	113
Bastantes, muy sabrosas y eruditas "horas de literatura colombiana"	116
Polonia por lo alto: un “Nobel” y un Pontífice.	118
La masacre en Guyana: psicología de las víctimas.	120

1979

Jaime Correa, ¿profeta apocalíptico?	122
“El Inocente”, un melodrama exquisito.	124
Arqueología de la Ciénaga Grande de Santa Marta	126
Francamente, “¡dan ganas de llorar!”	128
Un anecdotario nada profundo sobre Porfirio Barba Jacob.	130
“Mejorando lo presente...”, el Cineclub de ayer y los de hoy.	132
De Juana de Ibarbourou a Meira Delmar	134
El dúo Camacho-Renz, una velada inolvidable	136
¿Habemus pianum...? ¡No!	138
La vida secreta de Lenin	140
El Cristo escultural de Barranquilla, “encargado a París”	142
¡Basta de “recetas útiles”!.	144
Querida “Próxima”	146
Querida “Próxima” (II)	148
La última “Querida Próxima”	150

1980

La situación en la frontera: un asquito	152
Una trilogía peripatética	154
Querida Próxima	156
“La flauta mágica” de Mozart Bergman	158
Los “Congos” de Angel Loochkartt	160
Reaparece Leila Khaled	162
Los robos con orgasmito	164

1981

Lenin y Trotsky en patines	166
Pallas Athenea entre nosotros	168
Hoy: Recital de Meira Delmar	170
Diario de un cleptómano	172

1982

Loochkartt en Comfamiliar	174
-------------------------------------	-----

1983

Gabo en inglés: un berenjenal	176
Lafa profóximafá Thifisif ifisif onefos ofosif thofosif... shifisifit	178
Palíndromos, capicúas y jitanjáforas	180
Textos antipátridos	182
“Gatófilos”: Desde León XIII a Meira Delmar	184

1984

Oscar Wilde, El Provocativo	187
“He renunciado a ti...”	189
Memento Homo....	191
Günter Grass en el Teatro Municipal	193
Nuevo libro, nueva editorial	195

1985

Ayer: Neurosis. Hoy: “Newrosis”	197
---	-----

1986

Violenta farsa en el “Amira”	199
Inolvidable noche en el “Amira”	201

1987

Hoy: Misa criolla en Uninorte FM Stereo	203
¡Gracias, Telecaribe!	205

1988

Próxima especial para matemáticos	207
¿Cuándo será el próximo?	209

1989

Carta abierta a Rodrigo Arenas	211
Meira: presencia de la mujer	213

1990

- El concierto de corno: Barranquilla, 3 veces musical 215
¿Señor Moisés... o Madame Moisesa? 218
Mónica Gontovnik en Uninorte 220
Zociedad, zoofilia zoobrada 222

1991

- Estamos en el año de Mozart 224
Puerta de Oro de los Conciertos del Mes 227
El discreto encanto de Marta Senn. 229

II

Huellas. Revista de la Universidad del Norte

(1990-1999)

1990

- Bach y Dalí: Estudio de las bases
freudianas de la creatividad 233

1992

- IN MEMORIAM*
Alejandro Obregón o la tentación de la felicidad 255

1993

- La poesía de Ignacio Reyes Posada 265

1999

- La muerte de Sardanápalo, proeza asiática de un romántico. . . 272

III

Diario Del Caribe

(1976-1978)

1976

- Ecos del festival: "La pareja desaparece" se robó el show
en Cartagena y Hollywood 277

1977

- Ramón Bacca, fascinante enredo de contrarios. 280
Dice Olga Chams. Las bibliotecas son la frente de una ciudad. . 287
María Helena Quintero Inmensa poetisa de lo mínimo 294

1978

- En Colombia. ¿Hacia dónde va la escultura?
Entrevista a Rodrigo Arenas Betancurt 298

IV

Suplemento del Caribe

(1976-1977)

1976

- En la muerte del maestro: Alvar Aalto es Finlandia. 309
“Escenas de un matrimonio” de Bergman:
la excepción a la regla. 313

1977

- Zoro: huella azul de poesía, espejismos de sol, luna y paisaje . . 315

V

Magazín Dominical de El Espectador

(1971-1975)

1971

- Sociología del Duelo. La gente en los velorios 325

1975

- Los demonios bíblicos en García Márquez 331
Los “Demonios” Arúspices de Macondo 342

VI
Guía Cultural de Barranquilla
(2000-2001)

2000

Johann Sebastian Bach en la punta del pie 349

2001

Birthday, que te quiero Verdi 353

VII
Revista Dominical de El Heraldó
(2000)

2000

La noche que murió Freddy Molina. 359

VIII
Revista Dominical de El Tiempo
(1977)

1977

Aunque usted no lo crea... ¡Las plantas aman, sienten, piensan y...
saben sumar! 365

La Biblia es antifeminista 373

¿Somos todos sádicos? 378

IX
OTROS TEXTOS

Meira: *Amarcord* 391

¿Por qué se murió Alfonso? 395

Presentación

Las páginas esenciales de Campo Elías Romero Fuenmayor

1. La anécdota perdida (Obertura)

Hace algunos años, Orlando Araújo Fontalvo, uno de los directores de la obra que tiene el lector en las manos, trabajaba en el libro *El arpa del paraíso*, la breve, pero deleitable compilación de notas periodísticas del escritor Ramón Illán Bacca, que publicó la Editorial de la Universidad del Norte en la Colección Roble Amarillo, y tropezó por casualidad con una columna que relataba una anécdota sobre Campo Elías Romero Fuenmayor. Era uno de los textos que más le gustaba, pero al final decidió no incluirlo en la antología. La razón era simple: para entonces ya estaba en marcha este proyecto editorial y esa anécdota desprevenida, escrita con el humor a flor de piel que caracteriza a Ramón, le pareció inmejorable para introducir al lector en el universo periodístico de Campo Elías.

Hasta ahí, todo aparentemente bien. Pero surgió un problema inesperado: Orlando guardó tan bien ese escrito que nunca volvió a aparecer, pese a que lo buscó por mucho tiempo. Como se trataba de una copia tomada directamente del original, no tuvo más remedio que hablar con Ramón para que lo buscara de nuevo en su archivo personal. Pero, como ya se dijo, ni la columna apareció ni Ramón recordaba la anécdota. Parece que, en algún momento, Ramón incluso llegó a poner en duda la existencia de su propio escrito.

Por fortuna, lo que queda de recuerdo basta para ofrecer aquí al menos un resumen, un comentario del texto original, es decir, del recuerdo del texto original. Sin embargo, como advierte «el tejedor de sueños», es seguro que cederemos a la tentación de acentuar o agregar algún pormenor. Sea como fuere, aquí va:

Una noche cualquiera, después de un evento cultural, Campo Elías Romero Fuenmayor y Ramón Illán Bacca detienen un taxi en una calle de la vieja Barranquilla. Informan la dirección, negocian la tarifa y suben al taxi. Lo que sigue es una muy previsible conversación entre dos escritores perspicaces. Una especie de memorable contrapunteo intelectual que solo cesa cuando llegan a su destino. Al momento de recibir los billetes, el taxista, que con inquietante interés ha espiado por el retrovisor toda la conversación, suelta una inesperada perla: «Usted es Campo Elías Romero, ¿cierto? Yo lo leo en la prensa hace años y colecciono todas sus columnas».

Pues bien, hoy se nos antoja que esta sencilla anécdota, clara como una lámpara, es más significativa que un premio nacional de periodismo. Además, todos sabemos cómo se reparten los premios y reconocimientos en este país. Por eso hemos querido evocarla, abrir con ella la presentación de *Campo Elías Romero Fuenmayor. Textos escogidos (1976-2001)*. De algún modo, aquel viejo taxista es el auténtico precursor de este libro.

No hay proyecto que involucre el recuerdo de un nombre, que no tenga tras de sí una larga estela de preguntas acuciantes, esas que surgen sobre todo frente a la muerte y el olvido. Campo Elías Romero, como toda presencia luminosa, nos parecía inolvidable y sin embargo... ¿Por qué dejar que se extinga, sin un esfuerzo de la memoria, la huella de un estilo singular que en su momento penetró mentes y corazones barranquilleros?, ¿acaso no tiene el Caribe la responsabilidad de enviar un ramo de «nomeolvides» a su juventud?, ¿qué tiene para decirnos hoy ese grupo de intelectuales del Caribe, que vibró con los acontecimientos de su época, con el arte, sus dolores, sus angustias existenciales, y que, con generoso desprendimiento, nos legó una escritura que, por fortuna, rompe con el frío academicismo y el humanismo de sacristía.

2. Breves palabras sobre el autor

Campo Elías Romero Fuenmayor (1944-2001), como buen barranquillero, no nació en Barranquilla. Descendiente del militar venezolano

José Félix Fuenmayor Parra¹, Campo Elías nació en Gamarra, hoy departamento del Cesar. Del intrincado laberinto sanguíneo del general Fuenmayor Parra, también descienden el escritor José Félix Fuenmayor Palacio y el periodista Alfonso Fuenmayor Campis, padre e hijo, respectivamente, miembros reconocidos del célebre Grupo de Barranquilla.

En un dilatado periplo académico, Campo Elías pasó del Colegio San José de Barranquilla al Seminario Salesiano de La Ceja, Antioquia; del Colegio de San Roque a la Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín; de la Universidad de Michigan al Bowdoin College de Brunswick; de la Universidad de Harvard a la Catholic University of America, en Washington D.C.

Margarita Galindo lo evoca como un insomne constructor de sueños, un maestro de la palabra, un poeta del alma; Joaquín Armenta recuerda que los escritos de Campo Elías en la prensa fueron muy disfrutados por sus lectores y rememora, así mismo, su carcajada de catedral gótica, su humor intelectual; Meira Delmar, por su parte, certifica la grandeza de su alma, su infinito amor por la música, su capacidad de perdón y una misteriosa nobleza que lo distinguía de la mayoría de la gente.

Contrario a lo que cabría esperar, la sólida formación académica de Campo Elías, su visión crítica de la realidad y su sensibilidad estética no quedaron consignadas en tratados ni volúmenes. Los ámbitos escogidos para expresar la inquietud de su pensamiento fueron siempre las aulas de clase, las columnas de opinión, las revistas y los suplementos literarios y culturales. Con este libro hemos querido no solo llenar ese infame vacío, sino indicar lo valioso de esos ámbitos, sobre todo en el Caribe, ofreciendo a los lectores contemporáneos una extensa y cuidadosa selección de artículos y columnas que abarca veinticinco años de intenso quehacer periodístico.

3. La estructura de la obra

Lo primero que debe señalarse es que son muchas las páginas de valor que se han quedado por fuera de esta obra, por una u otra razón,

¹ El general José Félix Fuenmayor Parra nació en Maracaibo (Venezuela) en 1827. Descendía a su vez de Alonso de Fuenmayor, Capitán General de Venezuela. Véase Martínez Simanca, A. (2011). «Genes del general José Félix Fuenmayor Parra». En A. Martínez Simanca, *José Félix Fuenmayor: Entre la tradición y la vanguardia* (pp. 25-28). Cartagena: Observatorio del Caribe.

como es natural en toda antología. No obstante, consideramos que la presente compilación —la primera que se realiza— hace justicia a los atributos del autor y constituye un conveniente aporte para que los nuevos lectores se aproximen a la obra esencial de Campo Elías Romero Fuenmayor. Sin duda, uno de los intelectuales más singulares del Caribe colombiano, un auténtico *outsider* en Barranquilla; una pluma versátil, lúcida e incisiva que hasta sus detractores extrañan en la marejada actual de columnistas monotemáticos y predecibles.

Posiblemente se echará de menos un estudio crítico de los textos, que debe venir después, y quizás la inclusión de una semblanza personal, íntima, de Campo Elías, pero hemos excluido esa posibilidad. Quienes lo conocieron entienden que la complejidad de su vida personal rebasa los linderos de este proyecto inaugural.

La primera parte de este libro, la más extensa, la más heterogénea, recoge una significativa muestra de la recordada columna «La Próxima», que en agudos textos publicados entre 1976 y 1991, pone en evidencia tanto la multiplicidad de intereses intelectuales y universales del autor: el arte, el cine, la literatura, la música, la lectura, la traducción; como su activa participación en la cotidianidad cultural y artística de Barranquilla y el Caribe.

En un segundo apartado, el libro reúne cuatro artículos más extensos publicados en la revista *Huellas*, de la Universidad del Norte, donde sobresalen reflexiones sobre Bach, Dalí y Obregón. La tercera parte, titulada «Diario del Caribe», contiene cinco escritos. Se destacan aquí, las perspicaces entrevistas que hace Campo Elías Romero al escultor Rodrigo Arenas Betancourt y al novelista Ramón Illán Bacca. En la cuarta sección, se recogen tres textos publicados en el *Suplemento del Caribe* sobre la muerte de un genial arquitecto finlandés, la obra de un cineasta escandinavo y el fantástico libro de un escritor colombiano de literatura infantil. La quinta parte, dominada por los demonios de García Márquez, reúne tres textos aparecidos en el *Magazín Dominical* de *El Espectador*.

Las secciones sexta y séptima están dedicadas a dos textos publicados en la *Guía cultural del Caribe* y uno en la *Revista Dominical* de *El Herald*, respectivamente. Tienen en común el hecho casi insólito de consagrarse a compositores musicales bien disímiles: el italiano Giuseppe Verdi, el alemán Johann Sebastian Bach y el patillalero Freddy Molina, el mismo que vislumbró que «cuando el Guatapurí se crece, al sentir mi pasión se calma». El octavo apartado, acopia tres sugestivos títulos publicados originalmente en 1977 en la *Revista Dominical* de

El Tiempo: «Aunque usted no lo crea... las plantas aman, sienten, piensan y... ¡saben sumar!», «La Biblia es antifeminista» y «¿Somos todos sádicos?». La novena y última sección, titulada «Otros textos», contiene un bellissimo par de escritos sobre Meira Delmar y Alfonso Fuenmayor.

La presente obra es, así, el resultado de largos años de investigación y lectura, en cuyo proceso han participado activamente profesionales a quienes es necesario reconocer en este punto. Farides Lugo Zuleta, quien antes de viajar a cursar estudios en Brasil trabajó en el primer borrador del proyecto; José David Villalobos, responsable de adelantar una exhaustiva pesquisa en hemerotecas, archivos y bibliotecas polvorientas. El admirable trabajo de José David, amigo y discípulo de Campo Elías, constituyó el corpus general a partir del cual se dio inicio a la ardua selección de los textos. Del mismo modo, la meticulosa labor del profesor Julio Penenrey Navarro y del escritor Ramón Illán Bacca resultó de vital importancia en distintas etapas de la selección y clasificación de los materiales. El impulso inicial de Jesús Ferro Bayona, entonces rector de la Universidad del Norte, fue decisivo para que el proyecto pudiera concretarse. Por último, a su hermana, Nancy Romero Fuenmayor, y a «Madre»².

A todo lo largo y ancho de este paciente proceso —que hoy por fin da sus frutos—, leímos, releímos, conversamos, discutimos, bebimos café y almorzamos con familiares, colegas y compinches de Campo Elías Romero Fuenmayor. Todo, con el único propósito de que los lectores de hoy y de mañana puedan percibir, como el aroma esencial del Ylang Ylang que tanto amaba Campo Elías, la escritura inteligente, erudita, divertida y mordaz de un auténtico intelectual del Caribe, de un espíritu singular e inconforme, de un bohemio lúcido, de un humanista generoso que no eludía interrogantes, pues, según la poetisa Meira Delmar, su gran amiga, conocía como pocos «el nombre de los ángeles, de las estrellas y los árboles. Como si todo sobre la tierra y en el cielo fuese una sola familia».

De ser así, como todos lo esperamos, el esfuerzo de tantos años estará más que justificado...

CARMEN ELISA ESCOBAR MARÍA
ORLANDO ARAÚJO FONTALVO

² Así llamaba Campo Elías Romero a su señora madre, doña Ligia Fuenmayor Ospino.

I
LA PRÓXIMA

(1976-1991)



Campo Elías Romero dando una conferencia en compañía de Meira Delmar.

1976

Matar un ruiseñor

(19/6/1976, p. 5)*

En la reciente película “Los gladiadores del futuro” (“Rollerball”), que parece calcada de las alarmantes profecías de “Shock del futuro” de Alvin Toffler, pudimos observar el monstruoso poderío de las corporaciones, verdadero Leviatán del año dos mil. Pero no; los tentáculos de ese engendro ni son del futuro ni de la ciencia ficción. Se encuentran ya entre nosotros, y no se trata de la Esso, General Motors, Lockheed o I.T.T., están a la vuelta de la esquina, en el supermercado, o el tenderete de barrio, debidamente enlatado al vacío, con una primorosa etiqueta, que muestra, invariablemente, un bebé sonrosado y sonriente.

Me refiero a toda la gama de productos alimenticios cuya etiqueta rubrica la firma Nestlé, una de las “corporaciones” internacionales más prepotentes y, hasta hoy, prestigiosa. Las ventas, por ejemplo, de 1974 arrojan un dividendo de 5.6 billones de dólares, cifra que convertida en nuestro peso da la bicoca de \$190.400.000.000.00, una verdadera grosería numérica.

En inglés “To nestle” significa ‘abrigar, colocar como un nido, mimar’, etc. Dicha firma no ha podido escoger un mejor nombre para su producto. Pero resulta que los inofensivos huevos de ese nido de amor no son de ruiseñor, sino más bien de culebra cascabel, o, como diría Úrsula Iguarán, de basilisco: la corporación Nestlé se enfrenta en estos días a uno de los más apasionantes juicios de la década, acusada de ser responsable de la muerte de centenares de miles de lactantes en los países que forman parte del tercer mundo. Esta noticia ha sido olímpicamente ignorada en nuestro medio, engolosinados

* Nota aclaratoria: Las fechas de publicación de los textos figuran a renglón seguido de los títulos. Por tratarse de elementos añadidos por los directores, están entre paréntesis.

como hemos estado con el juicio de la Hearst, heredera también de otra “corporación”.

Fue un intrépido periodista británico, Mike Muller, quien se atrevió a poner el dedo en la llaga de este problema, al publicar un concienzudo estudio-reportaje de 28 páginas, cuya hipótesis exponía el hecho de que las compañías de productos lácteos y demás fórmulas para complementar la dieta de los lactantes incrementaban su muerte, sobre todo en los países del tercer mundo, en la medida en que presionaban la venta de sus productos a personas incapaces de usarlos como es debido. Muller reconoce las ventajas de alimentar al niño vía biberón, v. gr. en el caso de las madres que trabajan fuera del hogar, o de las que son pobres en hormonas lactogénicas. En manos de personas alfabetas y, sobre todo, pudientes, tales productos no implicarían problema alguno. Pero los habitantes del tercer mundo en su gran mayoría carecen de ambas prerrogativas. Infortunadamente, las madres de dichos países, con demasiados hijos, y flacas de instrucción y de peculio, se ven obligadas a hacer economías mal entendidas con esos enlatados lactogénicos: hecho fatal para las criaturas, que pagan con su vida tales ahorros, producto de la ignorancia y la miseria.

Con demasiada frecuencia esas fórmulas son preparadas antihigiénicamente, y con agua en nada diferente a la que sale por nuestros grifos barranquilleros; o excesivamente diluidas; en el primer caso, los bebés son víctima de desórdenes digestivos que conducen a la desnutrición. En el segundo, se convierten en breve en raquíticos emaciados [sic], cuya desnutrición en ambos casos es causa de su muerte.

El juicio tiene lugar en Suiza, sede de la mencionada corporación, como también del acusador, el “Grupo de Trabajo de los Países del Tercer Mundo”, quien se ha hecho adalid de las tesis de Muller, publicadas en otro panfleto, “Nestlé Kills Babies” (“Nestlé mata a lactantes”). Una de las tesis esgrimidas por estos es que las vallas y carteles con que se anuncian los productos Nestlé en países que hablan en swahili, por ej., son redactados, tal como lo muestra la ilustración, en inglés. No se necesita ser un Maquiavelo para colegir la turbia intención de esta propaganda. Los nativos ven solo el seno turgente de la madre, el lactante feliz y, a su lado, el enlatado redentor... y naturalmente, sacan sus conclusiones.

El debate judicial aún continúa. Tras un receso de dos meses, la Fiscalía ha producido pruebas fehacientes a favor de las tesis de Muller. Pero este proceso a la larga no nos compete a los colombianos, hartos instruidos en la manera de hacer dichos teteros y en muchas otras cosas; por otra parte, los decesos por desnutrición infantil se han, a Dios gracias, eliminado completamente. Allá los países del tercer mundo, que se las arreglen.

Miranda es Venezuela (1)

(5/7/1976, pp. 5, 8)

Julio quiere decir Independencia.
¡Libertad...! Tu nombre es Francisco de Miranda.
Donde manda arzobispo, nada tiene que hacer el capitán.
Miranda: 17 años, defensor del rey, 27 años, detector del rey.
Miranda: Inventor de "Colombia", del pabellón tricolor,
de 3 naciones y del canal más importante del mundo.
Mamador de gallo insigne y sofisticado interlocutor. Codo a codo con
Washington, La Fayette, James Bowdoin y Thomas Paine.

Será porque el calor estival del 7° mes atempera y enardece las pasiones... Será porque 7 es número perfecto... Será por estar consagrado a uno de los más brillantes estrategas de la historia, Cayo Julio César, qué sé yo... El hecho es que durante el mes de julio es cuando pululan las fechas conmemorativas de Independencia, Emancipación, Libertad de gran número de países. Ayer no más se conmemoró en todo el mundo el bicentenario de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica. Hoy 5, el de nuestro hermano país de Venezuela, al que está dedicada esta emisión; el 1° de julio se celebró el día del Canadá, y también el día de la República en Ghana y Somalia.

Prosigue la Independencia de Malawi, el 6. A la Argentina corresponde el 9. A la República de Barbados el día 10. Mongolia conmemora el 11 su fiesta nacional. Francia, el 14, con la gloriosa toma de la Bastilla, día también nacional de Irak. Cuatro días más tarde celebra el Uruguay el Día de la Constitución, al tiempo que España, el Aniversario del Movimiento Nacional, el día 18. Proseguimos nosotros, con nuestro celebrado 20 de Julio. A Bélgica se le ocurrió también independizarse al día siguiente, el 21. El 23 corresponde a tres naciones: la República Árabe Unida, Egipto y Etiopía, conmemorar las efemérides patrias. Prosigue Cuba, el 26, aniversario de la Revolución cubana; en tal día el Archipiélago - República de Maldivas dijo también sí a la libertad.

El Perú no se conforma con uno sino con dos días, 28 y 29, para la conmemoración de la proclama y juramento de su Independencia de 1821... Y hay otros más, pero con éstos baste para probar lo agitado que es el mes de julio.

II UN LATINO EN LA GLORIA DE L' ÉTOILE...

Quiero hacer un breve comentario sobre la egregia figura de Francisco de Miranda por múltiples razones. La primera, por ser hijo preclaro del país que es hoy objeto de nuestra congratulación y encomio. La segunda, porque el eximio prócer caraqueño no sólo fue adalid de la emancipación de su tierra natal, sino que también correspondiere su-
dar y batallar por el mismo ideal de Independencia en otras naciones, v. gr. Estados Unidos y Francia, sin descontar su influencia en la de los demás países americanos, Colombia incluida. Es más, fue Miranda el primero que, en honor a Colón, llamó Colombia a las regiones que se libertaron en la Costa Firme Sudamericana, y a nosotros, el honor de haber sido bautizados por su genio excepcional, del cual brotó también la invención tricolor que es hoy blasón y orgullo de Venezuela, Colombia y Ecuador. De modo que nada más justo que, en el mes universalmente consagrado a la Independencia, hablemos del hombre que a ella consagró su vida entera, rubricando con los sufrimientos de la humillación, el destierro, la incomprensión, los grillos y la cárcel su universal y abnegada idealidad de autodeterminación y Libertad que selló con su muerte en un infame calabozo gaditano el 14 de julio (¿coincidencia o privilegio?) de 1816. En el impresionante monumento donde arde la llama en honor al Soldado Desconocido, el Arco de Triunfo de L'Etoile en París, el nombre de Francisco de Miranda campea orgullosamente, al lado de Robespierre, Rousseau, Rouget de Lisle...

III PASA EL VIRREY... LA INQUISICIÓN SE QUEDA

Cuando Miranda vino al mundo en 1750, la América española estaba dividida en cuatro virreinos: El de Méjico, hasta el istmo de Panamá; el de Nueva Granada o Santafé, en la parte septentrional del continente sur; el de Buenos Aires, en el sector meridional, y, entre estos, el del Perú. Al rey de España correspondía el derecho titular de todo este emporio incalculable de riqueza, y a su voluntad omnívota, el nombramiento de sus representantes, los virreyes. Confabulados éstos a la voraz maquinaria de la Iglesia, hicieron derroche de la más desmedida explotación, sometimiento, vasallaje. La autoridad del rey era aparente en el catolicismo, única religión que se toleraba en Hispanoamérica. No se trata de negar o de menoscabar ciertos aspectos positivos del binomio teocrático, sino de hacer énfasis sobre la nefanda influencia de la Iglesia en detrimento de la emancipación a nivel general, y particularmente en el de nuestro héroe, como se verá más tarde.

Su prepotencia y dominio eran tales, que en una memoria instructiva relativa a Caracas leemos: “Aunque el poder estaba en manos de las autoridades civiles y militares, el jefe efectivo de las provincias, antes que el Capitán general, era el Arzobispo” (Depons y Poudenx, “Mémoires de l’Inquisition dans l’Amérique”). Todo esto sin contar otras fuentes de disensión y desafecto, entre las cuales la inexorable Inquisición estaba sin duda a la cabeza, no sólo para la represión de cuanto supiere a mito, sortilegio, “hechicerías”, etc., sino también para impedir el germen de la cultura, la información y las ideas por medio de absurdos tijeretazos censuriales.

En la lista de más de 5.000 libros con veto perentorio e implacable figuran obras de Rousseau, Diderot y Voltaire –naturalmente–, Hume, Helvecio y hasta Addison.

IV

Nacido en este ambiente frustrante y opresivo, no es de extrañar que en el espíritu de Miranda empezará a fraguarse desde muy temprano el fuego de la rebeldía, la insumisión, la independencia. Su inclinación a las disciplinas militares la recibió de su padre, capitán de milicias y además, de acaudalado haber. Recibió lo que entonces se llamaba educación clásica en el Colegio y Real Universidad de Caracas. De la precocidad de su talento hace constancia su grado en Filosofía y Derecho a la increíble edad de 17 años. Bien pronto se alejó de su patria, embebida su alma de odio al despotismo, y anhelante de liberarla; sin embargo, debía emprender su carrera militar al servicio del rey, como lo hicieron sus contemporáneos, cuyas miras, más que el sometimiento a la Corona, estaban encaminadas a la eventual independencia del Nuevo Mundo. Con el dinero y recomendaciones de su padre obtuvo el título de capitán de un batallón de infantería, y bien pronto demostró haberse hecho acreedor a tal distinción, por su valentía y denuedo, como voluntario contra la agresión mora en África, donde recibió su bautismo de fuego. Decidido a incrementar su veta cultural y humanística, alternaba sus menesteres bélicos con la constante disciplina de la investigación, por cuenta propia, y también dirigido por maestros extranjeros, exclusividad que le proporcionaban las generosas mesadas de su padre. De su aprovechamiento y dedicación da prueba la respetuosa admiración que le profesó el Dr. Stiles, presidente de la Universidad de Yale, donde el estudioso caraqueño tomó varios cursos, fuera de su fluente versatilidad en diez idiomas, incluyendo los clásicos: entre los libros donados en su testamento a su alma máter de Caracas figuran obras de Heródoto, Demóstenes, Julio César, Salustio... en sus versiones originales.

V

Cuando el joven militar se alistó en el ejército del rey lo animaba muy probablemente una profunda adhesión al monarca. Pero pronto se trocó en hombre agraviado, por amargas circunstancias en que, si bien fue víctima de envidias y traiciones, se hizo a una sólida experiencia militar tanto en la Península como en las “Indias Occidentales”, fuera de que se enteró con pelos y señales de todas las argucias, tejemanejes, tácticas, típicas de la estrategia española, a que habría de enfrentarse en su futuro. A tal punto llegó su desavenencia con el ejército real, que no tardó en convertirse en prófugo del mismo, que lo buscaba desesperadamente para obligarlo a calificar servicios. Con varias cartas de presentación, redactadas en mejores días para destacadas personalidades y políticos estadounidenses –Washington, Adams, Bowdoin, Hamilton, entre otros– tuvo la osadía –léase descaro– de presentarse, mondo y lirondo, a la residencia de su excelencia don Francisco Rendón, embajador y ministro plenipotenciario en Filadelfia del mismo gobierno que lo perseguía.

Allí –era la primavera de 1783– hizo gala de su refinada cultura, su garbo, su histriónico talento, que se tradujeron en creciente tanda de homenajes, invitaciones, “parties”, banquetes, de la refinada aristocracia de Pensilvania, hasta cuando llegó la airada requisitoria que lo acusaba de desertión y alta traición. El embajador, entre estupefacción e historia, optó por la segunda, mas nuestro aventurero había ya decidido que su permanencia en Filadelfia podría causarle algunas complicaciones, y sobre todo, que el puritanismo de sus ciudadanos ya lo tenía “jarto”. Cuando se armó el alboroto ya Miranda reposaba tranquilo en el más elegante hotel de Nueva York, donde continuaron sus contactos y entrevistas con la “intelligentsia” americana que había protagonizado hacia sólo siete años la Independencia, cuyo aniversario bisecular se conmemoró ayer; corría el verano de 1784.

En el otoño lo encontramos en la elegantísima rectoría gótica de la Universidad de Yate, New Haven, en interesantísimo diálogo con el citado presidente Stiles, que no cabía en sí de su asombro ante la versatilidad, profundidad, madurez e ingenio de su brillante interlocutor de escasos treinta años. En su diario personal Stiles anotó: “Una persona de hablar tan franco y convincente, y dueño de un espíritu tan liberal, no podría vivir ni en la Nueva ni en la Vieja España, sino con toda la independencia de un sujeto ilustrado, poseedor de perfecto conocimiento de la política y de la historia de la América Española”. El día 30 de julio, este preclaro y ardiente hijo de la libertad dejó a New Haven y se encaminó a Boston, Nueva Escocia y (Nueva) Inglaterra...

Miranda es Venezuela (2)

(7/7/1976, pp. 5, 8)

FRANCISCO DE MIRANDA: CONTACTO EN RUSIA

(Segunda parte)

Mucho se ha comentado en estos días sobre los grandes próceres que forjaron la libertad de los Estados Unidos con ocasión del bicentenario norteamericano; mas en ningún lugar se ha mencionado siquiera el nombre de este hidalgo, hijo del hermano país, en relación con las gestas emancipadoras que acabamos de conmemorar. Me parece algo injusto, pues el general Francisco de Miranda luchó codo a codo con Washington, La Fayette y Rochambeaux –entre otros– en la consolidación de la Independencia de ese país, combatiendo valerosamente en el Sitio de Pensacola, 1780, en la campaña libertadora con Washington en 1781, y tomó también parte activa en los combates de Chesapeake y de Yorktown.

VI

DE LA SECA A LA MECA Y LA CAÑA VERECA

Vencida Inglaterra, y con ella el régimen colonial, Miranda, pensador antes que guerrero, inició la más asombrosa y meteórica serie de viajes: de los Estados Unidos de Norteamérica a Inglaterra, y posteriormente a Prusia, Italia, Grecia, Egipto, Turquía, Crimea, Rusia, Francia, de nuevo a América, EE.UU., Cuba, Santo Domingo, Trinidad, las Antillas... itinerario que, teniendo en cuenta lo dificultoso y lento del sistema de transporte de esa época, convertiría a un Henry Kissinger en sedentario anacoreta. Y no era ni el turismo ni la sed de aventuras la fuerza que lo motivaba a sus constantes desplazamientos, sino su ardentísimo anhelo de libertar a su pueblo del coloniaje peninsular. Donde quiera que fuese era calurosamente bienvenido por la más refinada élite cultural y política del Viejo Mundo, que a su vez le servía de contacto para presentaciones y encuentros subsiguientes. Tales fueron su prestancia e influencia, que, periodísticamente hablando, su llegada era ciertamente un importante evento noticioso, como lo prueban comentarios y declaraciones publicadas en destacados periódicos, tales como el "Political Herald" ("El Heraldó Político") de Londres y en el "London Chronicle" con fecha 30 de agosto y 1° de septiembre de 1785, de donde reproducirnos el siguiente aparte:

Se encuentra en Londres un americano importante que cuenta con la confianza de sus conciudadanos. Él aspira a la gloria de ser el libertador de su país; hombre de miras sublimes y penetrante inteligencia, conocedor de lenguas antiguas y modernas, familiarizado con los libros y con numerosos países. Vino de Norteamérica, y considera Inglaterra como metrópoli de la libertad y escuela de la ciencia y la política.

Ni más ni menos lo que cualquiera de nuestros periódicos locales escribiría hoy sobre la visita, por ejemplo, de un U Thant o de un Arafat. Evadiendo la pertinaz persecución de sabuesos españoles que cautelosamente vigilaban todos sus movimientos, nuestro héroe aparecía ya en Hungría e Italia, ya en Austria, Egipto, y –aseguran algunos– hasta el Asia Menor alcanzó a ir, entre 1785 y 1787, año en que lo encontramos en la nórdica Kiev. Valiéndose de su riqueza poliglota y de su proverbial simpatía, en breve se hizo amigo del príncipe Potemkin, relación que le hizo posible una visita en Kanoff al rey de Polonia, y le abrió luego las puertas de la fastuosa y prepotente corte de la zarina Catalina II la Grande, personaje apasionadísimo, autocrático, impositivo, farnofélico, caprichoso e histérico a rabiar; pero con todo y eso, dueña de una sagacidad, alto cacumen y audacia tales, que tras haber protagonizado o al menos permitido la del zar consorte, un tal Pedrito, que ni fu ni fa, se encaramitó en el trono y llevó a su pueblo al notable apogeo cultural y político que le valió el epíteto de la Semíramis del Norte.

VII

EL COLLAR DE LA REINA Y SU “OLLA PODRIDA”

Tenemos pues que la Catalina se las traía; era mujer que bien sabía lo que quería, y entre sus apetencias se rumora que estuvo nuestro héroe; su rostro moreno y atezado, el desparpajo con que se expresaba en el idioma eslavo –fuera de que ella hablaba perfectamente el español–, su aspecto, extraña mezcla de agreste, apasionado amante tropical y de sofisticaciones cortesanas, parece que le hicieron perder la chaveta a la soberana, veinte años mayor que él... “¡Oh, Libertad —dijo no sé quién—, Libertad! ¡cuántas desfachateces –léase arrumacos– se cometen en tu nombre!”. “Bueno, todo sea al menos por amor a ella. Algunos biógrafos (de Miranda, no de Catalina) aseguran que “Quizá todo esto fue pura chismografía de la Corte, o por la envidia de los españoles” (William S. Robertson); y que el venezolano “sólo habló a la zarina y a los rusos de su tema favorito”; no sea malpensado, el de la Libertad... Yo me atrevo a disentir de Mr. Robertson; no hay por qué mitificar al prócer, también hombre de carne y hueso, joven, rebosante de inteligencia y de energía; era, además, soltero y sin compromiso. La augusta viuda tampoco los tenía, a pesar de que en sus reales alcobas, corre-corres

y agites no fueron pocos ni esporádicos, según lo atestiguaban consabidos runrunes palaciegos, y frecuentes pasquines que ella o ignoraba olímpicamente o, cuando le daba la real gana, los contraatacaba con la emisión de otro panfleto, en que se dedicaba a sacarles los trapos al sol a quienes presuntamente la atacaban. El pasquín era no solo anónimo sino altamente especializado: ¡se editaba en español!, y su nombre, “La olla Podrida”. (¿Qué opinas, Juancho?, “Nihil novum sub sole”).

VIII

NI AGRESIÓN NI DETENTE, SINO ACERCAMIENTO

Ardiente defensor de la sabiduría popular, yo tengo mucha fe en el adagio “Si el río suena es porque piedras lleva”. Y en este caso, el Volga no sonaba; daba gritos. Y la zarina, con cuyas astucias políticas había demostrado no ser amiga de “Detente”, sino más bien del “Do ut des”, le dio bastantes cosas al ilustre caraqueño: fuera de innumerables fiestas y parrandas en que se echó la casa por la ventana, le confirió altísimo nombramiento en su Ejército Real, que Miranda rehusó con toda la cortesía del caso; ella insistió, y llegaron a una especie de empate: él tendría el privilegio de usar los brillantes entorchados del vistoso uniforme de húsares que ella le regaló “en prenda de su estimación”. Atendiendo al vehemente llamado de la Libertad, Miranda en breve manifestó su deseo de marcharse. Su Alteza Serenísima perdió toda serenidad. Ensayó engatusarlo con festejos y honores; no hubo forma. Después le armó el homenaje de una regia pataleta multilingüe; para nada. Cuando al fin cayó en cuenta de que la tenacidad de su huésped era mayor que el efecto de sus morisquetas, dio a torcer el jamón de su brazo soberano, como la ranchera aquella que dice: “Te vas porque yo quiero que te vayas...”. Pero antes de que partiera le dio cantidades de cartas de recomendación para todos sus ministros y embajadores, a quienes ordenaba cualquier tipo de colaboración, ayuda o asilo para nuestro héroe, y, como ñapa, mil ducados de oro: Grande resultó ser la Catalina. Al respecto, escribió Stephen Sayre, caro amigo de Miranda:

Seramente hablando, Miranda tenía cartas para todos los Embajadores de la Zarina, que ningún otro hombre tuvo de una testa coronada. Las cartas ordenaban todo lo que Miranda quisiera.

Con todo su rico bagaje de experiencias, recuerdos, peculios, tras un breve itinerario en Suecia, Dinamarca, Noruega, las ciudades hanseáticas, los Países Bajos y Suiza, se dirigió a Francia, donde ya se presentaban las trompetas del “Allons, ¡enfants de la patrie...!”.

En la próxima, La libertad de Venezuela: El ocaso de un héroe.

Polifonía coral y balompié

(22/7/1976, p. 5)

Esta columna había dejado de aparecer porque su autor se encontraba en la capital con los otros 24 miembros de la Coral Orfeo, invitada por primera vez a sendas presentaciones en el hermoso salón barroco del Museo Colonial de Bogotá y en la Iglesia de la Porciúncula, los días 9 y 10 del presente mes, fuera de una grabación para Inravisión que se transmitirá por el canal nacional el próximo lunes 26, a las seis de la tarde. Como miembro de esta agrupación musical barranquillera, es un flagrante caso de narcisismo hablar encomiosamente del coro; pero no está por demás mencionar al menos la respuesta del exigente público de la “Atenas Suramericana”, que literalmente colmaba el auditorio, y en repetidas veces irrumpió en prolongados aplausos, ¡bravos! y demás expresiones de aprobación y entusiasmo a muchas de las interpretaciones, sobre todo en la exuberante fuga de “Magnificat” de Juan Sebastián Bach, el “Magnum Mysterium” de Tomás Luis de Victoria ¡El Toro! en la segunda parte del programa, dedicado exclusivamente al incomparable maestro bolivarenses Adolfo Mejía, cuyo deceso conmemorábamos precisamente esa semana. En la tercera parte del programa el auditorio prácticamente se enloqueció con el costeñísimo mapalé “Prendé la vela”, en logradísimo arreglo del maestro Carbonell, tanto, que hubo que repetirlo; como también con los cadenciosos “Negro Spirituals” y la canción catalana “El Bon Jesuset”, en los que los compañeros Daniel Forero, Gloria Salom, Héctor Amarís y la incomparable Julita Consuegra hicieron en sus solos despliegue de virtuosismo y competencia. Invitamos a los lectores a comprobarlo en la emisión de “Pentagrama” el lunes venidero. Tanto las manifestaciones del “Respetable” como las críticas de los diarios capitalinos dieron cuenta de que los barranquilleros estamos “en todo” y que no solamente les podemos dar clase de fútbol, sino también de arte y... otras cosillas.

EN LA FIB: CHAMPAÑA DE DIOXOGEN Y DE PISS

Con grande entusiasmo nos encaminarnos a visitar la flamante Feria Internacional que, según se ha dicho, constituyó un rotundo éxito al vender, en unos cuantos días, todo el paquete contenido en sus vitrinas, “las más vendedoras de América”. Si bien es innegable que los magnates compradores se dieron gusto en el importante evento financiero orgullo del país, otra cosa podríamos decir los simples

turistas que asistimos no para comprar maquinarias o tractores, sino una que otra bagatela, un libro, un disco, un souvenir... Para incomodar un poco al colega Manuel J. “Rincón”, iniciarnos el recorrido en el flamante pabellón de la U.R.S.S.; ni tan flamante ni tan pabellón, un mero hangar carente del más elemental toque de refinamiento y atractivo; su vestíbulo, flanqueado por las inevitables y gigantescas transparencias de Lenin, Breshnev y demás muchachos compañeros de mi vida. Nos impresionaron, eso sí, sus adelantos en materia de tecnología industrial, bellos automóviles compactos y económicos, motocicletas niqueladas de potente Hachepé, prepotentes complejos industriales y mecánicos que impresionan por su tamaño heroico, pero que a los que no sabernos ni hebra de lo que son o de para qué sirven, constituyen una verdadera “jartera”. En otro cubículo, una interesante muestra de bellísimos libros de arte e interesantes elepés, pero... por una parte, allí no los vendían, por otra, vaya usted a saber si al comprar el disco intitulado “Ya Vedva KhXII Novna”, no había nadie que pudiese traducirlos –resulte que en vez de un Shostakovich o un Mussorgsky, sea una grabación rusa de la inefable Claudia del Universo (lanzada al Cosmos, pues ya Colombia le quedó cuellona). El mostrador –perdón, ¡stand!– más concurrido era sin duda alguna el de la vodka, en el que tres monísimas “rusas” de Fusa y Fontibón estaban dispuestas a escanciar un arsenal de botellas del codiciado néctar en unos vasitos miniatura, plásticos, por la módica suma de \$20,00 y de champaña “Extra Brut” (¡Made in U.R.S.S.!) a \$25,00. Nos decidimos por la segunda, para concluir que, zapatero a tus zapatos, mejor dejar a las cavas del Loire y de Champagne la elaboración de esta bebida. Su sabor, mezcla de pis y de dioxigen, indica que los camaradas no tienen ni idea de preparar tal “sofistique” y, además, bebida tan exótica, capitalística y burguesa por antonomasia, francamente chilla en la “Dictadura del Proletariado”; ¡qué horror!, ¿qué diría el frugalísimo Vladimir Ulianov, o el estoico Lev Davidovitch, o los mismísimos Lenin o Trotsky...? Finalmente, en un hangarcillo, dentro de un hangar, con un calor insoportable, un cruel hacinamiento bogotano con olores ídem, nos metimos a empellones a ver una proyección, que resultó impotable; nada de la imponente Plaza Roja, la Catedral de San Basilio, las nieves, las estepas, los iconos, sino una aburrida muestra de hornos, canteras, maquinarias, engranajes, balineras, tornos y demás parafernalia fabril –y febril– que hizo arrancar a uno de los presentes el comentario “Es más interesante ver a “La señorita Elena” o “Lucecita”.

Se me está yendo la mano. En la próxima “Próxima” seguiremos hablando de la frustrante FIB; los pabellones de Venezuela y Colombia, y la agradabilísima sorpresa de un emergente ballet colombiano de integración, que a no dudarlo, dará muchísimo que hablar en el futuro.

(Sin título)

(23/7/1976, p. 5)

Hablábamos ayer de los paradójicos altibajos del pabellón ruso en la Feria Internacional de Bogotá. Salido que hubimos del aglomeramiento del mencionado recinto, nos dirigimos a su vecino, del hermano país de Venezuela, que encerraba también otras sorpresas, pero en este caso gratas. El pabellón no ofrecía la ampulosidad y el gigantismo de su vecino, pero, en cambio, un diseño y color proporcionados, elegante sin afectaciones, todo alfombrado, sin ser pretencioso, y tuvieron la feliz ocurrencia de franquearlo con una única entrada, además no mayor de un metro de ancho, lo cual daba acceso a un solo visitante cada vez. Ello evitaba las aglomeraciones, y el público, aunque debía someterse a hacer “cola”, obtenía al final la gran ventaja de recorrer la muestra venezolana sin empujones, apresuramientos, pisotones.

Altamente especializada, con gran despliegue de industrialismo y técnica, la proyección rusa pecaba de exceso monotemático. La de Venezuela, en cambio, no estaba limitada a encerramiento alguno, sino al vestíbulo y, a todas luces, desde dentro proyectaba en gigantesco “screen” el film central y el variado mosaico de una media docena de proyecciones fijas; admirable por su acoplamiento, balance y precisión. Su temática era otro logro: no se trataba no de venderle al visitante tal mercancía o producto, como lo hicieron otros pabellones. Se trataba de mostrar la Venezuela misma: orgullosamente presentando su paisaje, sus montes, sus llanuras, montañas; su impresionante emporio hidrocarburo, junto a la magia de las caraqueñas, la alegría de las maracuchas, la seriedad y erudición de investigaciones universitarias, la frenética salsa, represas gigantescas cuyo potencial energético es tal, que atendidas las demandas nacionales, sobraría para abastecer a toda la Costa Norte colombiana del imprescindible fluido. La sonrisa ultrabrite de Carlos Pérez, la angélica cascada, el rítmico joropo. La maravilla pontifical sobre el lago de Maracaibo; la simetría compleja de sus autopistas... Todo un viaje... Con tal enmarcamiento de venezolanismo alegre y contagioso, de eficiencia amable y acogedora, las anfitrionas –Colombianas ellas– y sonrisa en mano, parecían recién desempacadas de Maiquetía al Dorado, pues no eran pocas las que se expresaban en “caraqueño” auténtico y cantado: “Con mucho gusto, vale, esa “rocola” en “bolos” cuesta tanto...”.

EL TRIUNFO DE LA COSTA EN BOGOTÁ

De repente y sin quererlo nos vimos envueltos en un enredo colectivo, en un zurullo un vértice fatal de mil cabezas, que desembocó de súbito en un WELCOME TO LOCOMBIA —perdón, don Coctelero—.

No estaba mal la arquitectura y el acabado del pabellón patrio, donde admirar no sabíamos si la proteica riqueza y versatilidad —léase congestionado hacinamiento— o el —¡mirabile visu! — toque ambiental de “costeñismo”: yo no sé cómo se las ingeniaron para trasladar a la “nevera” capitalina la canícula ñera de un mediodía de agosto en el Paseo Bolívar. Lo más probable es que entre la nómina de diseñadores ambientales había un nutrido grupo de proépicos costeños friolentos, con nostalgia y mamitis; y para completar lo arriba dicho: en las cuatro vías de acceso al pabellón, dentro y fuera de él, se les ocurrió el folclórico embeleco de imitar —para orgullo nuestro— la atmósfera ambiental y el sabor de la Batalla de Flores, “La Tremenda”, “Cañaña” y “La Conquista”. Faltaban, claro, carrozas y maizenas, pero con este pequeño bache de última hora —insignificancia que los ejecutivos del evento prometieron subsanar para el año entrante— evidentemente lograron su extraño cometido que nos conmovió hasta las lágrimas al experimentar con lujo de detalles nuestra efemérides carnestoléndica: el abigarrado despliegue de banderas, pancartas, pasacalles y estandartes en todos los tamaños y colores; el repentino encuentro con una marimonda legítima y enruanada además, el tradicional despliegue de rones, aguardientes, cervezas, anisados, provenientes de todos los rincones del país, en casetas chiquitas y algo incómodas... el infernal barullo verbenero; el impromptu de un “congo”; el ritmo y el agite del “Paloteo”; los alaridos de una gorda visitante que acaba de perder medio sutián, cartera y “stayfree”; un gringo con bermudas e instamatic; policías paranoicos incapaces de contener a la multitud; la histeria de una mamá cuyo nene no aparece; pon allí un tocadiscos con baffles martillando decibeles; atractivos disfraces: recordamos hawaianas exóticas, el Tigre-mono y la Llorona loca, profusión de mantas guajiras, enanos, cabezones, Almendra Tropical y Ron Caribe... Toda una feria, amigo: el triunfo de la Costa en Bogotá.

Y en cuanto a la muestra... ¿Qué muestra?

La FIB: La rosa de los vientos de Colombia

(24/7/1976)

En la pasada “Próxima” habíamos hecho mención de lo desilusionante que había sido nuestra visita a la Feria Internacional de Bogotá. Solo que hubo un detalle, la gratísima experiencia que no solo salvó la visita a la FIB, sino que constituyó un refrescante oasis de eurytmia y estética, en medio de tanto mamotreto, maquinarias, aglomeraciones, pisotones y correndillas inherentes a esta clase de eventos. Se trata del Ballet Colombiano de Integración –en preestreno especial para los dignatarios de Proexpo, de cuya asistencia no teníamos la menor idea, y no obstante fue, a todas luces, una agradabilísima sorpresa.

El elegante auditorio, todo alfombrado y encortinado en apacible verde, estaba repleto de personalidades del Gobierno, ministros del Despacho, Vips del extranjero y demás representantes de la industria exportadora. A pesar de que se rumoraba la inminente renuncia del ministro de Desarrollo, anfitrión del evento, la sesuda testa de Ramírez Ocampo no brilló por su ausencia.

Enmarcados con la impecable factura del quinteto de cuerdas del maestro Enrique Nieto, y del crepitante redoblar de bombo, llamador, tumbadora y demás instrumentos costeños de viento y percusión, se dio comienzo al espectáculo con la presencia del joven director del Ballet, Oscar Ochoa, destacado intérprete coreógrafo de reconocido prestigio, quien dio la bienvenida al público, nombrando además a todos y cada uno de los cincuenta y tantos integrantes del elenco, que nos pareció muy significativo y excepcional.

De admirable distribución, exactitud y balance, el programa fue todo un viaje –como dice el poeta–, “de aquí a la cumbre, de la cumbre al llano, en ágil y en continuo movimiento”. Recorrieron la rosa de los vientos de Colombia, del Puracé al Caribe, y desde el Orinoco hasta el Atrato. Muy prolijo sería describir en detalle cada uno de los bailes. Quisiéramos al menos referirnos a la brillante policromía de los atuendos: unos, verdaderas joyas de la más elaborada artesanía, auténticos, sin ser por ello pobres ni ordinarios, llamativos, brillantes, sin ser pretenciosos; otros, con la simplicidad galante y rústica tan propia de una tarde dominguera campesina. Dorados flecos, arabescos, pieles, flabelos, piedras, lentejuelas plumas, aquí sí que brillaron, pero por su ausencia; muy buena cosa.

UN TOQUE DE DISTINCIÓN

Por otra parte, el diseñador del vestuario, con la asesoría de estudiosos y expertos en la materia, como la antropóloga Edith de Muñoz, la distinguida secretaria de Integración Popular de la Presidencia de la República, doña Cecilia Iregui de Holguín, la conocida investigadora social doña Rosario Puerto de Galán (fuera de una larga lista de escritores, musicólogos, historiadores que no cabrían aquí) se permitió tomar ciertas libertades en lo que se refiere a la forma, sin desfigurar el diseño básico de algunos trajes, haciendo énfasis sobre todo en el colorido de los mismos. Teniendo en cuenta que se trata de un espectáculo y no de una mera versión purista, tales innovaciones de gamas y matices, lejos de desfigurar la ejecución, le dan un policromo toque de distinción.

Irrumpieron con un brioso sanjuanero tolimense, en el que se hizo gala de pulcritud y acoplamiento sorprendentes en bailarines tan jóvenes y con tan breve tiempo —5 meses— de preparación y estudio. Otro importante factor, que pudo haber ido en detrimento de la ejecución, fue el hecho de que no se trataba de un escenario adecuado para ballet, sino una simple tarima de conferencias, de escasos 4 metros de fondo y carente, además, de luminotecnia, bambalinas, “diablas”, etcétera, pero la verdad es que el grupo no pareció necesitarlas. A pesar del reducido espacio, los artistas pudieron demostrar su versatilidad ejecutando coreografías asimétricas, cóncavas, oblicuas, realmente magistrales. No se podría dejar de mencionar a la estupenda solista Dammy, de una vez con tintes de coloratura, reminiscente de Xiomara Alfaro y, como ésta, con talle y estatura de ébano: sensual, provocativa, cadenciosa y en delicioso coqueteo con el clarinete, que trataba de emularla en las modulaciones sincopadas de la música negra.

EL CÓNDOR PASA

No habíamos tenido la oportunidad de presenciar un aire, “Guaneña”, proveniente de los enhiestos Andes nariñenses, de ritmo tenue, quieto, casi hierático, con toda la nostálgica ternura del danzante que se mueve acompasadamente para no despertar al bebé acolchonado a sus espaldas. Tanto la evocadora melodía como la danza dan constancia de cuán cercanos son nuestros vínculos raciales con los nativos del Cuzco, Machu Pichu y demás cumbres airoas por donde el cóndor pasa.

OTRO “HIT” DE LA COSTA EN BOGOTÁ

Ni para qué decir que la carta de triunfo que hizo enloquecer al auditorio llegó para el “Grand Final”, naturalmente, con nuestro insuperable trío de ases: El Bullerengue “Josefa Matía”, precedida de la embrujadora “Noche de Velorios”, en fiel versión vocal del conocido “José Escandó” del maestro Pacho Bolaño. Vino después la cumbia, en fascinante versión de todo el “Corps de Ballet”, y en la que tuvieron la feliz ocurrencia de darles a las mujeres —muy de acuerdo con nuestro ancestro matriarcal— la primacía y el énfasis del ensamble. Llegada la hora del mapalé, con su frenético erotismo selvático, tribal; en esta ocasión los ejecutantes una vez más hicieron despliegue de disciplinada exactitud en su principio, para terminar con variaciones de un intérprete solo, dúos, tríos..., de tan espontánea individualidad y virtuosismo, que hace de cada intérprete un solista.

Nuestro “Prende la vela” fue el magistral broche de oro con que culminó una velada para recordar. Hacemos votos porque los ejecutivos de nuestro inconcluso Teatro Municipal Amira de la Rosa se apresuren a terminar los detalles que faltan para que, en un futuro, ojalá no lejano, podarnos ver en una gran premier de gala a un excelente grupo que realmente merece estrenar nuestra flamante sala.

Blanca Uribe:

Versatilidad de maga

(5/8/1976, p. 5)

La cachetada de un pianista es cosa de temer. Durante largos años deletrear scherzos, fortes, agitados, fortisísimos en la dura cartilla de ébano y de marfil es disciplina suficiente para trocar los más gráciles dedos en intrépida garra, a la altura dinámica de cualquier pugilista de respeto. Nuestra eximia pianista colombiana Blanquita Uribe, “la mejor del país”, en justa apreciación de nuestro clavicembalista heredero de la inmortal Landowska, corroboró el decir, especialmente en el último movimiento de la Sonata Opus 110 de Beethoven, cuya punzante y agitada fuga, tan típica de las sonatas posteriores a la “Apassionata”, caracterizadas por el exacerbado dramatismo del genio incapaz de escuchar su propia obra, exigen del intérprete un dinamismo rayano en la violencia. Aquellos cuatro acordes del final, martillazos vehementes, dolorosos, inquietantes, por un momento nos recordaron a los de Miguel Angel cuando, según dicen, increpaba al monolito del “Moisés” para que hablase. Los certeros dedos de la intérprete eran, ni más ni menos, en aquel instante, como escoplo o cincel sobre la piedra. Francamente, no deseáramos el más mínimo encontrón que mereciera contundente respuesta de un pianista cualquiera que tuviese la garra y la vehemencia de la virtuosa antioqueña.

EL FRENESÍ DE BACO Y LA TERNURA DE APOLO

El anverso de la medalla tiene también su validez harto justificada. Si esas privilegiadas manos fueron capaces de convertirse en dardo productor de patéticos lamentos en Beethoven, del mismo modo en Mozart, hicieron gran despliegue de un humorismo grácil, vivaracho, juguetón, y en algunos momentos elegante y garboso, en la Sonata Köchel 570, de factura precisa y bien pensada; cristalino fraseo, y de ataque tan certero como chispeante, no obstante los obvios inconvenientes del pobre “Blüthner”, cuyos dientes, ya amarillentos, muecos, desportillados y cariados, ya no dan para más, así le traigan el más hábil experto en ortodoncia y prótesis. Nuestra pianista, acostumbrada como debe estarlo a esos flamantes Steinways y “Baldwins” de los conservatorios donde trabaja, supo sortear la situación haciendo verdaderos malabares. No acaba aquí la versatilidad de sus dedos de maga: con la misma pasión con que incurre en el desenfrenado mun-

do dionisiaco, sabe a su tiempo metamorfosearse en sutiles delicuescencias apolíneas, ternezas musicales “como pasos sobre alfombra, como dedos que acarician, como dedos que se arrastran...” en las deliciosas “Fantasías” de Schumann, sobre todo en el delicado atardecer, el tierno “¿Por qué?” y en la evocadora interpretación de “En la noche”.

UNA AUDIENCIA “DE PELÍCULAS...”

Ya que se ha hecho mención del estado “frustrante y deprimente”, según dice el profesor Renz, del único piano de conciertos que existe en Barranquilla, quisiéramos hacer un llamado tanto a las autoridades gubernamentales, ilustres concejales y diputados, como a los amantes y defensores de la cultura para que todos a una pensasen en la manera de subsanar esta necesidad tan imperiosa en nuestro medio, del cual el incansable promotor del “Concierto del Mes” ya no se puede quejar: boletería que se agota días antes del evento; la sala de Bellas Artes de bote en bote; espectadores que han de sentarse en el suelo de los pasillos, cuando no han de marcharse frustrados, porque no tuvieron acceso; una audiencia gentil y al fin culturizada que no fuma, no masca, no interrumpe y, sobre todo, que no mete las patas –perdón, las manos– para aplaudir, v. gr., entre allegro y adagio; y que cuando aplaude, lo hace con toda sinceridad, contento, y entusiasmada. Tales aplausos los merece también, ¿por qué no?, el Quijote-Casandra de ILM, IEA, ECM, SPOR, RSVP y RIP...

La más inusitada lavativa

(1/9/1976, p. 5)

Verdaderamente que en la “Time” encuentra uno de todo: desde los detalles, con pelos y señales, del presente proceso electoral y todos los incidentes de la política mundial (bueno, ni tan mundial, pues cuando Alfonso López obtuvo la presidencia no les pareció “noticia”, ni mucho menos su visita a la Casa Blanca) hasta la crítica de arte. Cine, ballet; reseñas de libros; datos de Marte; farnofelias de último grito de la moda, o del deporte, los chismes, digamos, de Kissinger, Bianca Jagger, Sinatra, Jackeline, Liz/Burton, Frazier/Foreman; ecología, cibernética, religión, homosexualidad... Mejor dicho, de todo cuanto hubo, hay y habrá en la viña del Señor. Para muestra, un botón: entre las páginas de la reciente matanza de Corea y el triunfo de Ford en las “Primarias” han insertado un comentario hartito señorero, como para la sección de la simpatiquísima Galindo, mas no por ello inútil o poco interesante; al contrario:

SE COME; SE BEBE; ES EXCELENTE DUCHA VAGINAL; EVITA LAS ARRUGAS Y PROTEGE EL RECTO. ¿QUE SERÁ?

Pues nada menos que el Yogur —o Yogourth, más sofisticado—, fantástica bebida que, si no me equivoco, debemos a los turcos, recientemente convertida en el último embeleco masivo en la Yunaited, como dicen por ahí. Se vende y se consume, literalmente, por toneladas. Hace algo más de un lustro, por ejemplo, vendieron en un año USD25 milloncejos. En el pasado 75 las ventas del yogur ascendieron a más de USD300.000.000.00. ¿La razón? Los “yogureros” dicen que esta bebida es algo así como el nostrum-curapáparos que sirve para todo; prolonga la vida; exilados de Europa en Norteamérica, nenes de ciento veinticinco abriles, atribuyen al yogur su increíble longevidad. Las fanáticas del sexo otrora débil aseguran que fuera de ser una excelente máscara facial, el yogur constituye una fantástica, refrescante y peculiar ducha vaginal; lo que no informan es de cuál yogur, y de cuál leche, en polvo o descremada, si con azúcar, cerezas o maracuyá... aquí se podría elaborar sobre otras posibilidades en torno al interesantísimo lavado, pero mejor es no menearlas.

LA DESASTROSA “ENFERMEDAD BILINGÜE”

Doctores, los de la Santa Iglesia y de los otros, no se han pronunciado ni en pro ni en contra sobre las susodichas lavativas y demás ventajas del cremoso aguachirle que existe desde la época de la nana, pero hoy en día, lanzado con grandes alharacas publicitarias, ha, por ende, engrupido a la voraz sociedad de consumo.

Mas los galenos que están a la vanguardia, les recetan yogur a los pacientes que se encuentran en tratamiento, v.gr., de estreptomicina, panto, pen; y macrocilina; es decir, los tratados con antibióticos tenaces. ¿Por qué? Muy sencillo, lo malo es que en este recóndito recinto, al lado de las malas, hay también de las buenas, eficaces colaboradoras enzimáticas en el proceso digestivo y cacativo que allí tiene lugar. Corolario: si acaso en mala hora, al de malas lector lo llegan a “pringar” con el terrible mal que los franceses llamaban “maladie italienne”, y éstos, “infirmidá francesa”, junto con los millones de la penicilina de rigor, le recomendamos consumir enormes cantidades de la bebida en mención. ¡Y que santa Gertrudis nos libre del contagio de esta innombrable enfermedad bilingüe!

• • •

Y como estamos en la nota de “fusilar” a “Time”, y además, como en plan de farnofelia, hablaremos de la inefable pareja, ahorita desapareja, de la que se ocupan “L’Osservatore Romano”, la Enciclopedia Guinness, el Almanaque Bristol y, ¿por qué no? La Próxima. Se trata de los cacareados Richard Burton y la temperamental Liz Taylor, cuya vida y milagros de última hora comentaremos como primicia informativa en la próxima “Próxima”. Hasta entonces. ¡Abup!